

El Arte

Revista Hebdomadaria.

Núm. 8

26 de Febrero de 1899

Año I

Al público



Desde el próximo número vamos á mejorar notablemente la parte literaria de *El Arte*, sin descuidar por eso la confección material.

Un eximio escritor y autor dramático aplaudido se ha encargado de la dirección artística y literaria de la revista. Colaborarán en ella las mejores firmas de nuestros días, y confiamos en poder ofrecer al lector trabajos inéditos de los escritores de más renombre.

Publicaremos todas las semanas, bajo el título de «Memorias de un desmemoriado», una crónica á la moderna de la semana, revista de teatros con noticias recogidas entre bastidores, un cuento ilustrado, poesías suscritas por los poetas que más sobresalen entre la gente nueva, Bibliografía, Correspondencia, etc.

Confiamos en que esta reforma, á la que seguirán otras, ha de ser del agrado de nuestro público.



La carta.

6000

Gabinete amueblado con mucho lujo.—MARGARITA, rubia, de 25 años, en toda la esplendidez de su belleza.—Viste una bata de raso azul celeste con encajes blancos.—Tiene en la mano derecha una carta, y da señales de encontrarse muy nerviosa.

Y

—¿Conque era cierto? ¡Clarol ¡Si tenía que descubrirse todo más é menos tarde! ¡Si ya me lo temía yo!

Tanto trasnochar á los cuatro meses de casado, cuando más deseos debía tener de llegar á casa... Su indiferencia, que él aseguraba solo existía en mi imaginación, y sobre todo la carta.

(Leyendo.) «Mañana te espero donde siempre. Tuya, María.»

Conque suya ¿eh? ¡Ah, infame! Que me lo niegue ahora. Cuando vuelva y le diga:—Ahí tienes ese papel que he encontrado en el bolsillo de tu gabán—veremos qué cara pone. Que se atreva ahora á decir que soy una niña mimosa, llena de perfumes. Sí ¡que se atreva!

Y será menos bonita que yo... de seguro, porque es lo que ocurre siempre. (Corre hacia el espejo.) Y no tendrá unos ojos como los míos... tan bonitos... ¡Dios mio! No sé lo que me digo. Pero él me ha dicho que son bonitos, que son azules como un cielo sin nubes y hermosos como una ilusión... ¡El muy falso! ¡Qué cosas ha sabido decime para volverme loca. Pero ya no se burlará más de mí; no, señor. Aquí acabó todo. Él con esa María, ó con quien quiera, y yo con mis padres, de quienes no debí separarme nunca. Eso es! La tonta he sido yo en tomarme disgustos por quien no se los merece.

Y sin embargo, ¡me da una tristeza esta separación! ¡Dios mio! ¡Si le quiero tanto! ¡Y luego que hemos sido tan felices en este poco tiempo que llevamos juntos! (Pasando de la tristeza á la rabia.) Pero, bueno. ¿De quién es la culpa? Suya, suya solamente. Yo me he esforzado en hacer todo lo posible para que le pareciese agradable la vida conmigo; le he querido con toda mi alma; le he mimado

como á un niño pequeño... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué desgraciada soy! (*Llora.*)

¿Ha sonado el timbre?... Sí, es él; le conozco en la manera de llamar. Que no note que he llorado. Veremos cómo procura disculpar su traición. (*Se enjuga rápidamente los ojos y adopta una postura tranquila. — Se oye un golpecito en la puerta.*)

—¿Quién?

—Ahí está una señora que pregunta por usted.

—¿Por mí? ¿No ha dicho su nombre? Bueno, que pase á mi gabinete. ¿Quién será? (*Váse la doncella, y MARGARITA se arregla un poco ante el espejo.*)

XX

MARGARITA y la SEÑORA DESCONOCIDA

LA SEÑORA.—(*Titubeando.*)—Pues bien, señora, debo empezar por disculpar mi presencia, que tal vez resulte inoportuna...

MAGDALENA.—(*Atajándola con cortesia.*)—¡Cómo inoportuna! De ninguna manera.

LA SEÑORA.—Mil gracias. (*Titubeando más cada vez.*) La verdad es que no sé cómo empezar... En fin, yo tengo relaciones amorosas contra la voluntad de mi familia, y...

MAGDALENA.—(¿Dónde irá á parar?)

LA SEÑORA.—Y, por lo tanto, tengo que poner en tortura á veces mi imaginación para comunicarme con el que amo.

MAGDALENA.—(No entiendo una palabra.)

LA SEÑORA.—Anoche mismo, en la reunión de los señores de X..., salí un momento á la antesala para poner una carta en el bolsillo del gabán de mi novio.

MAGDALENA.—(*Con gran ansiedad.*)—¿Y qué?

LA SEÑORA.—Que... me equivoqué de gaban y mi novio por lo tanto, no pudo cogerla.

MAGDALENA.—¿De manera?

LA SEÑORA.—Que el gabán que me hizo confundirme por ser del mismo color que el otro, pertenece á su esposo de usted, según me dijo luego un criado, y cuando quise recoger mi carta, su marido de usted había partido ya.

MAGDALENA.—(*Procurando ocultar su alegría.*)—¡Tiene gracia la equivocación!

LA SEÑORA.—Y por eso he venido, para evitar á usted un disgusto si creía otra cosa, y para que me devuelva usted ese papel. Y ¡por Dios! no piense usted mal de mí... El amor lo disculpa todo. Guárdeme el secreto.

MAGDALENA.—(*Muy afectuosa.*)—¡Cómo! Hija mía, ¿pensar mal de usted? ¡De ninguna manera! En cuanto á su carta, no sabía nada, mi esposo nada me ha dicho; pero esté usted segura de que el secreto no saldrá de entre nosotros. ¡Vaya! ¡No faltaba más! Y sabe usted que en mí tiene una buena amiga. Pero ¿qué? ¿Se marcha usted ya?... ¡Como usted quiera!... Sí, sí, su visita me ha causado una gran satisfacción.

(*Besos, ofrecimientos y cumplidos.*—MARGARITA acompaña á la señora hasta la puerta, y vase ésta.)

—¡Dios mío! ¿Conque no era verdad? ¡Qué tranquila me he quedado! ¡Pobre Carlos! ¡Haber pensado mal de él! ¡Tan bueno! ¡Tan cariñoso!

XXX

La escena se traslada á un café en que apenas hay gente.—CARLOS y la SEÑORA DESCONOCIDA están sentados ante una mesa.

CARLOS.—Conque ¿viste á mi mujer?

ELLA.—Ahora acabo de dejarla.

CARLOS.—¿Y qué?

ELLA.—Que todo se lo tragó. Ha creído el cuento en todas sus partes y hasta hemos quedado amigas.

CARLOS.—(*Sin tratar de ocultar su tranquilidad.*)—Tu idea ha sido verdaderamente ingeniosa.

ELLA.—Sí; ¡pero si vieras qué trabajo me ha costado ir á tu casa y sostener luego mi papel!

CARLOS.—¡Pobrecilla!

ELLA.—Ahora sólo falta que te dejes coger otra carta mía...

CARLOS.—No tengas cuidado.

ELLA.—Bueno; me voy corriendo.

CARLOS.—Hasta la noche ¿eh?

ELLA.—Sí; hasta la noche. (*Telón.*)

César Hueyo



Ouelta á la patria.

X

Brilla el sol sobre el Océano
por el cual un barco avanza,
divisando entre la bruma
la ansiada costa de España.

Alegres los repatriados
contemplan en lontananza,
desde el puente del transporte
la campiña de la patria.

Su cielo azul y sereno,
la mar tranquila y rizada,
y flotando en el espacio
la gloriosa enseña hispana.

XX

Por la cubierta del barco
un repatriado se arrastra,
dando alientos á su cuerpo
que por momentos se acaba.

Sudoroso, jadeante,
hacia la proa se lanza,
y con un heróico esfuerzo
se incorpora, se levanta,
y ve en el claro horizonte
que sublime se destaca,
de las aguas del Océano
la querida tierra hispana,
sus ojos brillan ardientes,
sus facciones se dilatan
y haciendo un esfuerzo, grita:
«Españoles, ¡viva España!»
De repente, palidece,
su vista ardiente se apaga,
oscila, y por fin cae muerto
cuando el buque al muelle atraca.

XXX

Su alma y su grito cruzaron
la inmensidad azulada,
yendo la primera al cielo,
yendo el segundo á la patria,
donde flotaba la enseña
que con sangre fué manchada
de todos aquellos bravos
que retornaron á España.

M. Mora y Tirado

i Tómate esa!

x

Era Pepe un pollito de la *crema*,
muy goma y estirado,
que estaba en relaciones con Remedios,
la chica de más rango,
que pisaba las calles que circulan
á Lavapiés y el Rastro.

Una tarde iban juntos, ella airosa
con su mantón de cuadros,
su vestido chiné, sus zapatitos
de charol y escotados.

Él, aburrido, soso, medio envuelto
en un gabán muy largo,
con pantalón de rayas y con cuello
de esos aristocráticos.

De pronto dice Pepe:—Remeditos,
sabes que nos amamos,
y eso no quita para que te advierta
que siento... algún reparo...
en llevar á mi lado á una mujer...
con un mantón de cuadros.

Remedios se calló; pero aquel golpe
debió de hacerla daño.

Pepe siguió:—Si tú no te transformas
tendré yo que pensarlo.

xx

Un muchacho moreno, con gorrilla,
pantalón ajustado,
con el pelo peinado hacia adelante
echándolas de guapo,
se acerca á una mujer, que aunque creyese
de buena fe engañarnos,
por llevar, muy bien puesta, una mantilla,
un abrigo de paño,
un traje señorito; á pesar de eso,
nadie hubiese dudado,
que aquella era mujer de las que vierten
el salero á puñados.

Le dice al acercársele, con guasa:
—¿Qué quiere usted, hermano?
—Pero Remedios, qué, ¿no me conoces?
¿estoy tan transformado?
Si soy Pepe, tu novio, ¿caes ahora?
—¡Ay! chico, si, ya caigo;
pero mira, te digo que te largues,
pues siento algún reparo
en llevar á mi izquierda á un individuo
con gorra y cuello bajo.

Jesús Nicosalido



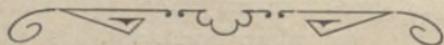
ILUSIÓN DE NIÑO

soneto

Era el sueño dorado de mi infancia
ser militar, y á voces lo pedia
á mi querida madre, que gozosa
me escuchaba la pobre entre sonrisas;
y atendiendo á mis ruegos, fué á comprarme
una espada, un morrión y una mochila,
para verme contento, satisfecha
de fomentar las ilusiones mías.
¡Qué ufano estaba yo con los juguetes,
haciendo de mi madre las delicias!

.....
.....
¡Aquél tiempo pasó!... Ya soy un hombre,
y soldado caí. ¡Suerte maldita!
Es mi ilusión de entonces triste pena,
y no puedo olvidar aquellos días
que jugaba queriendo ser soldado,
con gozo de mi pobre viejecilla,
que, al mirarme partir, llena de lágrimas
cubre de ardientes besos mis mejillas.

Calisto Navarro (hijo)



¡ FELICES ELLOS!



Con la cabeza hundida en el pecho, pálida y rugosa la frente; descarnadas y angulosas las mejillas; sombrío, triste, caviloso, cruzó entre las dos interminables filas de corpulentos robles que entrelazaban y fundían sus copas, tejiendo oscuro dosel, rematado allá lejos con un puntito de brillante claridad.

Sacudió al fin su mortal rigidez, movió pesadamente la cabeza y los brazos, alzó la frente y dirigió sus ojos al frondoso campo extendido á su derecha. Sobre mieses y flores bullían las mariposas, despidiendo vivos resplandores al quebrar el matiz de sus alas en los ardientes rayos del sol; caprichosos grupos de álamos y encinas destacaban aquí y allá entre la inmensa verde llanura; casitas pequeñísimas y blancas, parecidas á copos de espuma que hubiese esparcido el viento en la pradera, cerraban el confuso límite del paisaje. Por todos sitios y en todas direcciones, luz, aroma, belleza, esplendor, matices, frescura, vida y movimiento.

El hombre á quien absorbía la contemplación de tan hermoso cuadro, exclamó de pronto, colérico y angustiado, cubriéndose la cara con sus manos crispadas y nerviosas:

«No, no es posible buscar distracción á mi espíritu en esos bellos primores de la Naturaleza. Cuando golpean la imaginación horribles pensamientos y estrujan el pecho furiosas garras, ¿qué interés ni qué ternuras pueden ofrecerme los misterios, alegrías y perfumes de los campos? ¡Cómo he de alojar otras ideas en mi frente que no sean las de mis sufrimientos! ¿Dónde hallaré alivio para mi desgracia, consuelo para mi desesperación?

»¡Castigo insoportable condenar al pobre artista á recoger el apetecido mendrugo de pan á cambio de fingidas expresiones de sus sentimientos! Si ahoga el hambre su cuello y el infortunio desgarrá su corazón, ¿qué inspiraciones habrán de iluminar su inteligencia, ni qué formidables alientos habrán de fortalecer su voluntad?»

Calló el hombre repentinamente, abstraído en el espanto

de sus miserias, y dejó caer su desfallecido cuerpo sobre un montón de apisonada tierra, alzado en una de las cunetas del paseo.

Oyóse lejano griterío. Una alegre canción, cuya intensidad y mezcla de sonidos denotaba la unión de muchas voces distintas, resonó después en el silencio augusto de aquella soledad.

El hombre miró hacia el lugar de donde el ruido provenía y no tardó en ver aparecer sobre la empinada cuesta de un camino varios mozos y mozas y alguno que otro anciano y hombre maduro, ataviados con sus mejores prendas de vestir quizá, puesto que sus trajes no presentaban señales aparentes de vejez y descuido, aunque descubrieran las escaseces del modesto haber del jornalero.

Poco después cruzó aquella gente cerca del hombre solitario, que la contemplaba con interés; pasó casi rozándole, pero sin fijarse nadie en él, embebidos todos en la satisfacción y contento que parecía animar sus corazones, chillando y alborotando locamente, corriendo afanosos, camino adelante, en dirección al límite de la espaciosa y extensa carretera.

Él seguía mirándolos con profunda curiosidad. Uno de los mozos del grupo mostraba en la espalda lustrosa bota de vino, repleta de él, según parecía indicar la hinchazón de la bota. Una joven, risueña y gozosa, le precedía llevando al brazo una gran cesta, bajo cuyas tapas relucían platos, copas y botellas, que, seguramente, habrían de utilizar para la proyectada merienda.

En la mirada del hombre que seguía observando, desde el montón de tierra donde yacía sentado, aquel bullicioso conjunto de seres felices, tranquilos y satisfechos, brilló algo así como un reflejo de envidia. La tal pobre gente sufriría, quizá en ocasiones, tanta miseria y tantas penalidades como él, pero al fin, tras el nubarrón oscuro y denso, resplandecía un sol ardiente y luminoso. No era el continuo dolor azote de sus inteligencias. Distráidos y animosos muchas veces, remontaban la cuesta del calvario sin reparar en asperezas y en abrojos. Al copioso sudor de la ruda tarea, sucedía el bienhechor descanso. Sus labores obtenían

premio, aunque insuficiente y débil; con él, sin embargo, podrían satisfacer las necesidades más precisas de sus hijos, de sus esposas, de sus madres.

Pero él, como triste compensación á sus luchas y esfuerzos, minando siempre el pensamiento para rebuscar ideas y nuevos giros y formas conque presentarlos al despiadado rigor de la crítica y de la multitud, sólo encontraba pago á tan penosa labor en miserias, ingraticudes, bochornos y desprecios. Aquí, la risotada humillante, chasqueando en sus oídos como látigo que azotase el corazón; allí, la frase mordaz y provocativa, encendiéndole el rostro de ira y de vergüenza; en todas partes, el afrentoso salivazo manchándole el rubor y la dignidad, y cuando más, cuando más favor merecía, un mezuquino puñado de cobre para aplacar momentáneamente el hambre.

Clavó sus ojos por ultima vez en el grupo de gente, que disminuía y borraba la distancia. Apagóse totalmente el vocerío lejano.

Tornó aquel hombre á sumergirse en honda melancolía; sujetó de improviso con los dedos un plateado lapiz, apoyó un blanco trozo de papel en sus rodillas y empezó á escribir así: «¡Felices ellos!»

José Rubio Casellas

A una rosa

Rosa mecida al arrullo
de las brisas otoñales.
¡cuál tu vida es pasajera!
¡más corta cuanto más vales!
siempre símbolo de amores
sigues de ellos la suerte:
primero reina de flores
después esclava del fuerte:
lo mismo rosa que amor,
y en iguales condiciones
perecen: desnuda de hojas
ó desnudo de ilusiones.

Antonio G. Velázquez

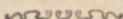
A Matilde.

Con ansia te envío aquí
estas pobrecillas flores
que en el campo recogí,
las de matices y olores
mas bellos de cuantas ví.

Y aunque es cierto, ángel de amor,
bien pobre cuanto te envío,
recíbelo por favor;
pues nada el amor, bien mío,
expresa como una flor.

F. Heras y Zamorano

Puesto de libros.



Sabed que soy un cristiano
que tiene huero el caletre,
y que la monomanía
que en mí y conmigo envejece,
es arrancar la careta
al mundo y que se avergüence.

Para apoyar mis censuras
cito mil textos y leyes,
aunque los unos no sirvan
y las otras no se observen.

Todos me tienen por loco,
y me escuchan las más veces
como quien oye llover;
no obstante, yo, erre que erre
sigo rebuscando libros
en apoyo de mi tesis,
y me pongo á cuatro patas
si el puesto es un tenderete.

Ayer, pues, sin ir mas lejos,
me favoreció la suerte;
hallé en uno un cartelón
con las notas y membretes
de las obras, que decía
en letras gordas «Se expenden»:
La Conciencia. (Obra muy rara
en el siglo diez y nueve.)
La Lealtad. (Manuscrito

en letra que no se entiende.)

Del Amor. (Escasamente
quedan ejemplares, hoy
es género que se vende.)

La Seriedad. (Son dos tomos,
y el segundo no parece.)

Del Honor. (La edición de ahora
se despacha fácilmente;
pero la anterior, impresa
en mil setecientos trece,
esa se vende muy poco.)

La Sed de Oro. Los Placeres.
(Estas son obras de texto.)

Del Egoísmo. (Son nueve
los tomos; y son en folio.)

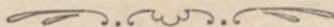
La Libertad. (No parece.)

La Religión. (Traducida
cual se practica al presente.)

Están ya casi agotadas,
y se acabarán en breve,
La Dignidad, La Vergüenza
y *El Patriotismo*; y se advierte
que aquí se da la obra nueva
Del que triunfa, come y bebe.

Esto decía el cartel;
compréndalo usted, si quiere.

J. José Fernández



COPLITAS



Es tu corazón y el mío
lo mismo que cuerpo y alma,
que juntos viven, y sólo
con la muerte se separan.

Es tanto lo que te quiero
que no puedo ni dormir;
no porque el querer lo impida,
sino por pensar en tí.

No pienses, mi bien, en nadie;
fija tu cariño en mí,
que no encuentras quien te quiera
como yo te quiero á tí.

José Vázquez Lasarte

Pompas de jabón.

I

Sopló el niño la paja, y al instante
la esfera apareció,
matizóse en seguida de colores
y rápida engrosó.

Creció más: sus cambiantes irisados
veíanse girar,
y el sol en ellos, jugueteón y alegre,
saltaba sin cesar.

Más ¡oh dolor! que el inocente niño
tanto sopló y sopló,
que no pudiendo resistirlo, al cabo
la pompa se rompió.

II

¿Que es vana é inocente mi conseja
y pueril su intención?
Que me lo diga aquel que no haya hecho
su pompa de jabón.

Hilberto L. Argüello

SÓLO Á TÍ

De mi esperanza la aurora hermosa,
de los jardines más bella rosa,
sueño gentil,
de mis ensueños, prenda querida,
astro esplendente de mi alma vida,
¿me quieres? di.

De mis pesares bálsamo eterno,
dulce consuelo, ansiado inferno
de mi dolor;
sol que deslumbra, fuego que inflama,
manda un suspiro al que te ama
con tanto ardor.

Yo, pobre amante, flor sin rocío,
cuerpo sin vida, sauce sombrío,
pobre cantor,
cielo con nubes, rudo tormento,
á tí consagro mi triste acento,
todo mi amor.

H. Amexúa Anoro

EL ARTE

Sublime inspiración, potente arcano,
Obras que al genio le debéis las vidas,
¿Podéis acaso parecer rendidas
Del raudo tiempo ante la airada mano?

Creaciones del numen soberano
En el crisol de lo inmortal fundidas,
Del arte y del saber, hijas queridas,
¿Perderéis vuestro aliento sobrehumano?

Del arte brillará la llama pura,
Que es para contener á sus despojos
Estrecho pantéon, naturaleza.

¡Ah, no puede morir! que en su grandeza,
En nueva aurora de esplendores rojos
Puede trocar su triste sepultura.

J. María del Alcázar

Baladas.



Allí donde el mugido que las olas
producen en las rocas al chocar;
allí donde no habiten ni las aves,
¡allí es el meditar!

Allí donde las cruces nos indican
que en el mundo no hay más que vanidad;
allí donde no habitan más que muertos,
¡allí se va á llorar!

.....
.....

Allí donde el perfume de tu aliento
se confunda con el mío al respirar;
allí donde solitos habitemos,
¡qué bien se vivirá!

* * *

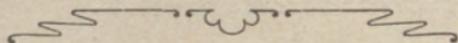
Lo mismo que los pájaros saludan
con sus cantos al día al despertar,
y después van saltando por las ramas
ansiosos de volar;

Lo mismo que la oscura golondrina
que en su viaje surcando va la mar,
anhelando llegar al nido amado
do pueda descansar;

Lo mismo que la blanca mariposa
que en las flores libando el néctar va,
posándose después sobre la rosa,
rendida de saltar;

Lo mismo que el náufrago que ansía
la tabla que tal vez le ha de salvar,
lo mismo ansío yo que en tu mirada
me pueda recrear.

Eduardo Tejerina





C. Blanco.—No tenemos los grabados á que hace referencia. Nosotros hemos empezado en 1.º de año. Creo los venden en el Salón del *Heraldo*.

F. L. (hijo).—Corrijase las faltas de ortografía, como *uscar* y *molestava*, busque asuntos no tan escabrosos y envíe otro artículo; usted es de los que llegan.

M. L. y C.—Ligeras incorrecciones.

Fray José.—Idem.

S. B.—Puede usted hacerlo bien, pero ¿y esa ortografía?

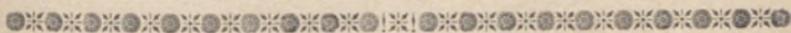
J. R. M.—Muy malos.

S. F.—Muy buenos, como que son de Velarde.

B. S. P.—No están mal, más cortos.

Un suscriptor.—Si, señor. *El Quijote* llevará grabados muy pronto. Cuando contestamos que tienen «ligeros defectos» es porque el trabajo es regular, y arreglándolo puede publicarse; ese arreglo tiene que hacerlo el autor.

No hace falta recomendación ninguna; y en cuanto á que son gratis, no está usted enterado: hay quien cobra ¡ya lo creo!, y usted puede ser uno de ellos si escribe tan bien poesía como maneja la máquina de escribir.



¡¡ IMPORTANTE !!

—msoz—

Se ha puesto á la venta el núm. 1.º de **EL ARTE**, al precio de 0,10 céntimos para el público, y 0,05 para los corresponsales.



SIDRA
CHAMPAGNE

MARCA

“EL HORREO”

Fabricantes

Hijos de Pablo Pérez



ASTURIAS (Colunga)



La mejor de las conocidas. ✂ Probarla para convencerse.

Exportación á todas partes.